

Psicoanálisis de familia y pareja

Isidoro Berenstein

1. NOTA PRELIMINAR:

El psicoanálisis tal como se lo trabaja, aplica y estudia, como se lo entiende habitualmente, es una teoría y una clínica basada en los observables de la sesión psicoanalítica que reúne al paciente individual y al analista. La sesión es el lugar de acceso para la significación de las producciones inconscientes de aquél, sean síntomas, sueños, particularidades de su carácter o determinados conflictos que solo no puede conocer ni resolver y que se despliegan en la transferencia.

Todo sujeto es y existe vinculado, no existe el sujeto separado y verlo así es resultado de la percepción consciente. El vínculo no pasa por la percepción, es del orden de la representación. Una psicología que abarque a los yoos relacionados debería poder dar cuenta del criterio de inconsciente del vínculo y aunque la transferencia es una realización vincular, su concepción habitual no le quita el carácter de solipsista, formulación según la cual la conciencia a la que se reduce todo lo existente es la conciencia propia, mi “yo solo” (*solus ipse*) (Ferrater Mora, J., 1968).

Cuando se sostiene que la vida psíquica transcurre dentro del individuo, y esto se dice de varias maneras, este aserto además de darse por demostrado se basa principalmente en una petición de principios, en cuyo caso es irrefutable: el significado es interno al sujeto y desde allí inviste al mundo que lo rodea. Pero en un análisis más fino y más extenso se evidencia como sostenido por un punto de vista limitado que está a la espera de alguna ampliación, y la noción de vínculo va en este camino. Una realización de

un psicoanálisis del vínculo es el de familia y pareja. Se supone que debería ofrecer buenos argumentos para convencer a aquellos que descreen de este instrumento psicoanalítico pero me temo que los argumentos no los convencerán y a quienes trabajamos con los vínculos no haría falta convencernos.

La familia es un conjunto de personas, como diremos más adelante, un conjunto de yoes. ¿Cómo tratarlos psicoanalíticamente si son varios y no un solo paciente? Si considerara al paciente como uno solo, el tratamiento familiar debería ser algo bastante accesorio, su meta debería ser el crear las condiciones para que la persona con síntomas encuentre su camino hacia el tratamiento individual. Es bastante y para algunos suficiente, pero deja afuera un enorme campo de producción inconsciente, de conflicto y sufrimiento.

Tuve y tengo pacientes individuales, y es una experiencia compartida con otros psicoanalistas, que en el tratamiento individual, aunque logrado y finalizado no pudieron resolver algunas de sus dificultades vinculares como algunos de los problemas de pareja, trastornos familiares, así como en otro orden aquellos síntomas derivados de conflictos basados en la pertenencia social, en los últimos años acentuados por las migraciones y los exilios. Son problemas derivados de la relación con otros, o con otro privilegiado y con el contexto social. Es de notar que hablo de otro y no de objeto. De esta distinción me ocuparé luego.

Toda relación entre personas encuentra su significación y el límite de la misma en el contexto. Este organiza un campo que podremos llamar *contexto del vínculo* del cual depende el recorte de sentido. Fácilmente se entenderá que una frase con una adecuada estructura sintáctica y semántica cambie de sentido de acuerdo al contexto en que es enunciada. Parece difícil de aprehender pero el contexto individual o para mayor precisión *intrapsíquico* ofrece un recorte de sentido diferente al del contexto vincular o *intersubjetivo*. En este último deberemos establecer una representación del conjunto que liga, ubica o contiene a los sujetos ligados y ello comprende la representación de un encuadre en el cual ciertas acciones, y no otras, adquieren sentido, y esta caracterización se aplica asimismo al contexto terapéutico donde, en la sesión individual o en la de conjuntos vinculares como la pareja o la familia, surgirán formaciones específicas de lo inconsciente diferentes. Lo que quiero decir es que en la sesión indivi-

dual surgen significantes producidos por el aparato mental de uno de los integrantes, el paciente e interpretados por el otro, el terapeuta. En la sesión individual el lugar del otro está ocupado por el analista pero la regla de abstinencia en su función de no responder igual por igual lo hace apto para intervenir como alguien que está en una relación y a la vez fuera de la misma interpretando lo que ocurre entre ambos. Está en inmejorables condiciones para contener los objetos internos proyectados en o reintroyectados desde el analista. A veces en la sesión vincular, de familia o pareja, el yo intenta reemplazar al otro por un objeto interno pero hay algo de infructuoso, el otro siempre responde como otro, esto es ubicado en un mundo exterior y desde allí es que, sin quererlo ni saberlo, impone un tope. Pasaré ahora a caracterizar ese conjunto que llamamos “familia” y en ella o antes de ella el que llamamos “pareja”.

2. EL CONJUNTO FAMILIAR Y LAS PERSONAS:

Una familia es un conjunto de personas vinculadas por la pertenencia tanto al sistema de parentesco como al de la lengua. Estos dos sistemas comprenden un largo período de tiempo vivido en común, asimismo de cotidianidad y un supuesto compartir de sentidos respecto de los afectos que impregnan las relaciones, así como las experiencias emocionales que en ellas se dan. Reúne dos grandes tipos de relaciones emocionales y vinculares: una, dada entre dos sujetos de deseo con aparato psíquico constituido, es decir con represión establecida, pertenecientes a distintas familias que pasan por una experiencia llamada de enamoramiento, con la que inauguran una relación, que incluye ubicarse y ser ubicados en una estructura vincular llamada “pareja”, donde se inserta el deseo de relaciones sexuales, permitidas por la ley social ya que no infligen la prohibición del incesto. También se da un compartir y contener aspectos de su mundo interno. Se continúa con el deseo de hijos y un proyecto que los imagina juntos durante un largo, sino todo el tiempo que tienen por delante. Al primer yo se lo puede llamar “esposo” y al segundo “esposa”, o luego “madre” y “padre”, o fuera del parentesco “amantes” u otras denominaciones. Pero en realidad la mejor denominación para aquellos como queda dicho es “pareja” y en realidad es muy buena porque describe en un término distinto, y en singular la

estructura que envuelve y a la vez es inclusivo de los yoes. En realidad a ambas estructuraciones deberíamos llamarlas “vínculo” y luego caracterizarlas: “de pareja”, “de padres”, “padres e hijo”, etc.

El otro tipo de experiencia emocional y vincular es el que resulta de la combinación de los dos sujetos anteriormente mencionados, incluidos en la pareja, colaborando fuertemente en la constitución del aparato psíquico o del mundo interno del sujeto recién nacido, sujeto que se constituye de la conjunción entre sus propias disposiciones y la oferta identificatoria que recorre ese vínculo.

Este bebé, luego el hijo, luego cada uno de nosotros, se referirá con los nombres del parentesco a tres relaciones: a) a una relación del yo con objetos a los que llamará “papá”, “mamá” o “hermanito”, “hermanita”, etc. Tendrán característica de objeto parcial o total y habitan el mundo interno; b) a una relación del yo con ese otro al que se llama “padre” o “madre” o “hermano” y c) a una relación del yo con un lugar ocupado generalmente, pero no necesariamente, por el otro que soporta la misma denominación. Por ejemplo el lugar del Padre puede estar ocupado por el padre o por el hermano de la mamá, o por el hijo o por un segundo marido de la madre. Suelen juntarse los usos b) y c) y pensar que es lo mismo pero el análisis de la Estructura Familiar Inconsciente [Berenstein, I. (1976) (1989)] pronto marca que nomina dos elementos que requieren ser diferenciados. El hecho de tratarse de yoes constituidos no le quita el carácter de inacabados y su pertenencia al vínculo continúa esa inacabada tarea de constitución. Estas distintas configuraciones de vínculo hacen al carácter originario de relación que *liga* dos (o más) yoes en un espacio inconsciente donde ellos se *ubican* o son *contenidos*. Aunque estas últimas tres caracterizaciones (ligar, ubicar, contener) pueden parecer sinónimas en realidad no lo son, porque el vínculo tiene esas y posiblemente otras cualidades aún no posibles de describir.

En este lugar desearía hacer otra precisión acerca de la precedencia. La relación entre padres e hijos puede inducir la idea de que los padres “están primero” y son la causa de lo “ocurrido” a los hijos “que vienen después”. Como queda claro allí, un cierto orden lineal se hace equivalente a causalidad. Aquí conviene pensar la distancia que hay entre lo que surge como “natural” y

lo simbólico, aquello de lo que se ocupa el psicoanálisis. Biológicamente ha de haber una pareja de tipo matrimonial, casados o no, que a través de una relación sexual fecundante genere en la mujer un embarazo y después del nacimiento surja una criatura. Dejo de lado por ahora las nuevas formas de concepción. Es de notar que la pareja serán padres sólo después de la concepción y, más aún, del nacimiento de ese ser humano, que ocupará el lugar de “hijo”. Los padres generan un hijo y éste ubica a la pareja en el lugar de padres. Pero en esta última formulación ya no tenemos ningún hecho natural, es un tema de Lugar y Vínculo. El hecho del narcisismo tan propio de la relación entre padres e hijos resulta de una doble direccionalidad: de la investidura de los padres que en el decir de Freud (1914) recapturan su propio narcisismo perdido recreando las propias perfecciones en el bebé a quien ven como un dechado de virtudes, así como simétricamente el bebé inviste a los padres a quienes cree perfectos en tanto coinciden con sus necesidades primero y sus deseos después. Una coincidencia nunca posible aunque siempre buscada. Toda concepción de un vínculo basado en alguna precedencia de uno u otro de los yoes se muestra con algún grado de falsedad y encubridora, o al menos incompleta.

El vínculo entre los yoes es inconsciente y es de un orden que está en lo originario del sujeto humano, es una “pauta que conecta” (Bateson, 1979), cuyo carácter conviene considerar precedente así como ambos ojos ligados son precedentes tanto para la visión binocular como para recoger la noción de profundidad. Por añadidura, que la “pauta” o la “relación” o el “vínculo” tenga la peculiaridad de “caer” y constituir un inconsciente, explica que las partes relacionadas, o los yoes en nuestro caso, recurran a explicaciones encubridoras para dar cuenta de su ligadura. Y que sea el lugar de donde provienen tipos especiales de sufrimiento que sólo se pueden entender desde el vínculo.

La familia se constituye como un conjunto de lugares y de vínculos ocupados por los yoes. El vínculo es la misma representación del conjunto y se inscribe como tal en el psiquismo de los yoes con dos garantías más: la de una inscripción de pertenencia a ese conjunto y no a otro, y la de que los otros de la familia también la inscriben. Sostienen esa garantía las dos pertenencias antes mencionadas como el sistema de parentesco y el del lenguaje.

El parentesco como conjunto define, clasifica y separa lo que habita en su interior de ese otro conjunto, intrapsíquico, que reúne sólo representaciones pulsionales aunque el yo les otorgue vivacidad perceptiva en base a su propia y mutilada personificación. El parentesco es un conjunto intersubjetivo que reúne dos o más yoes, sujetos del inconsciente tanto como de la Estructura Familiar Inconsciente. Como tal está atravesado por lo intrasubjetivo así como por lo transubjetivo, allí donde deberá diferenciarse de todos los otros conjuntos llamados familia que se inscriben en el mundo social. Que estos yoes formen parte de una historia que es la del conjunto y una presencia asegurada y perdurable en el tiempo en base a ocupar lugares del parentesco, con un compromiso de reciprocidad y necesidad los diferencia de cualquier otro que no tenga esas tres condiciones: ser un conjunto, tener una historia previa que los envuelve y atraviesa, que para algunos de la familia es previa a su origen y presencia perdurable en el tiempo y el espacio.

Esto nos llevó a diferenciar entre *relación de objeto* (lo constitutivo del mundo interno) y *vínculo con otro* (lo constitutivo del mundo vincular). [(Berenstein, I. (1994)]

4. ¿DONDE OCURREN LOS ACONTECIMIENTOS CLINICOS?:

Si todo lo anterior parece verosímil entonces podemos pensar que lo concerniente a una persona pasa por lo menos en dos ámbitos: le ocurre a la propia persona y también, aunque en forma distinta, sucede en la familia. Si una persona tiene un síntoma, por ejemplo un niño con un trastorno de aprendizaje en el colegio, o un trastorno de conducta, o un delirio en un joven, seguramente pensaremos que en su psiquismo hubo una modificación y se observará que los familiares se angustian, estarán azorados o enormemente preocupados por ese síntoma en uno de ellos, pero asimismo tendrán la convicción de que ellos no lo padecen. Si bien el síntoma tiene un grado de inteligibilidad si se lo pone en el contexto de la estructura mental de la persona sufriente, adquirirá un grado mayor de inteligibilidad si se lo ve desde la estructura familiar. Toda manifestación adquiere un grado cualitativamente mayor de inteligibilidad si se lo incluye en un contexto más amplio. Un ejemplo muy breve: un niño de segundo grado es enviado a la psicóloga escolar porque al escribir una frase separa las

palabras por la mitad y a su vez no separa una palabra de otra. Como no cedía a las reconvenciones de la maestra, la psicóloga planteó una entrevista familiar para asombro de los padres. Lo primero que dijeron fue que eran una familia ejemplar, ni un sí ni un no. Lo que siguió es que vivían una situación de malestar crónico con peleas y amenazas de separación, idas del padre de la casa, reconciliación y regresos. Esto se acompañaba de estadías más o menos largas de la abuela materna para no dejar sola a la hija en los períodos de separación. Podemos decir que aquello que crea las condiciones de la separación es lo que está visto como su consecuencia: el “regreso” y no “separación” de la mamá de la hija es condición de la unión-no unión de la esposa-mamá con el marido-papá, de lo cual el niño es el *locutor*, término que explicaré más abajo. La nueva pregunta es ¿dónde se produce la separación impropia y asimismo la impropia unión? ¿En la cabeza del niño que produce esa peculiar manera de escritura? ¿En la estructura familiar? Probablemente en ambos lugares simultáneamente. ¿Y quién lo subraya? El colegio, en este caso, representante del mundo exterior real, que instala un límite, un tope a esa transgresión del lenguaje y del vínculo, que puede ramificarse en la mente o en el conjunto familiar. Para que el yo pueda convivir en y con una estructura vincular alterada deberá modificar su estructura mental para que a su vez la estructura familiar no se modifique. En ese proceso de modificación es que el mundo exterior real hace tope. Para saber qué ocurre en una familia, así como en una persona, alguien tiene que hablar, relatar los hechos que en el caso del análisis de familia, al comienzo se refieren al sufrimiento vincular y personal. Para ser más preciso diré que el habla se sostiene en un relato y se acompaña de conductas no verbales igualmente informativas. Supongamos que una pareja entra a una sesión y al sentarse separan las sillas y a la vez dicen que hoy están desencontrados y cuentan una dada situación. El malestar lleva a simbolizar en el espacio de la sesión una separación para incrementar la distancia y simbólicamente expresar el deseo de alejarse de algo puesto en el vínculo recreado en la sesión. Aunque también podrían separar las sillas y decir que venían juntos y muy bien y hacerlo con ese tipo de voz cortante que pasa a través de los dientes cerrados, etc. En este último caso en la cabeza del terapeuta se instalaría una disociación entre lo que dicen y lo que observa y lo que penetra en su oído como voz

cortante, índice de un corte en el mismo vínculo y en la frase amorosa misma.

A la persona que habla sugiero llamarla *locutor* y considerar que habla, sin saberlo, tanto de sí como de la Estructura Familiar Inconsciente. En realidad como suele suceder que son varios los que hablan o sería de desear que así lo hicieran, se construye algo que puede llamarse *discurso familiar*. La principal función de un locutor, por ejemplo en la radio o televisión es la de leer o enunciar como propio un mensaje en realidad escrito por otro. Alguien que uno no conoce ni el locutor tampoco es el autor del texto que se dice. En una familia tampoco se sabe conscientemente quién es o quiénes son los autores del discurso familiar. Está en un lugar inconsciente y su texto es hablado a través de uno u otro de los yoes que habitan en una familia. Previamente a mostrar una viñeta clínica deseo hacer algunas consideraciones sobre el encuadre de la sesión familiar¹.

4. EL ENCUADRE PSICOANALITICO DE UN VINCULO FAMILIAR:

Pareciera ser condición de todo encuadre una situación paradójal, procura dar estabilidad a la relación así como crear las mejores condiciones posibles para conocerse, pero esta misma condición incluye una facilitación para el desconocimiento ya que después de un tiempo se establece que no es necesario conocer al otro porque ya es conocido, con lo que se produce el ocultamiento de aquellos aspectos que entonces son retirados de la circulación del intercambio emocional. Todo encuadre estable tiene esta doble particularidad. Tomemos por ejemplo, en el encuadre analítico, los comienzos de sesión. Se podría afirmar que cada sesión es singular en sí misma y diferente de toda otra. Sin embargo con el tiempo se asiste a un proceso de rutinización por parte tanto del paciente como del analista y se tiene la sensación, seguramente errónea, de que los comienzos, por lo menos durante largos períodos, son todos semejantes. Ciertamente cada persona tiene un estilo resultante de una combinatoria en el yo de las reglas retóricas con las que expresa su personalidad.

¹ Este párrafo, así como el 6, *La interpretación en psicoanálisis de familia*, están tomados de un libro de próxima aparición de Puget, J. y Berenstein, I., *Psicoanálisis de los Tres Espacios Psíquicos*.

No obstante como cada sesión es un momento de encuentro emocional con otro, tiene un margen de incertidumbre que lo hace bastante original. Ver las sesiones como semejantes a las otras, en realidad, caracteriza un trastorno en la capacidad de observación apoyado en dificultades de origen inconsciente. Es muy frecuente el comentario, en las supervisiones, de que las sesiones “comienzan como siempre” pero si uno se corre de esa posición y repregunta observará que de inmediato surgen las particularidades novedosas de ese encuentro. Aunque quizá sería mejor decir desencuentro respecto de qué paciente el terapeuta esperaba encontrar (el de la sesión anterior y no el de ésta) y qué terapeuta el paciente esperaba ver (el de la sesión anterior y no el actual). Algo semejante ocurre y lo hemos descrito en la pareja matrimonial así como en las relaciones familiares, establemente inestables por antonomasia.

Respecto a quien establece el encuadre, cuando un futuro paciente individual adulto desea tratarse, los arreglos que involucran la búsqueda y elección del futuro terapeuta y la formulación de los aspectos prácticos son acordados por él mismo, pues se trata de su persona y su propia intimidad. Su ser adulto acordará las condiciones en las cuales se desplegará el tratamiento de su mundo interno con sus aspectos y conflictos también llamados infantiles. Dicho en otros términos, él mismo trae al personaje niño o bebé interno sufriente para ponerlo en contacto con el analista.

Algo un poco diferente se da en el tratamiento psicoanalítico de niños donde los padres deciden a su buen saber (o no saber) y entender (o no entender) la oportunidad del mismo y la elección del terapeuta. Dícese que se hacen cargo del yo del paciente. Idéntica argumentación se da en las situaciones donde un familiar se hace cargo de la persona con manifestaciones psicóticas. En el primer caso el niño constituye su psiquismo con los padres, algo no anda bien y éstos lo traen frecuentemente tocados por un sentimiento de culpa en la suposición de haber dañado a quien debían constituir. A esto se agrega que es en quien a su vez ubican los bebés internos: el materno y el paterno. Aunque generalmente no reconocido por los terapeutas de niños que hacen periódicamente entrevistas de padres, éstos también traen el conflicto de pareja matrimonial que es subyacente al que tienen como padres. La persona con un trastorno psicótico está en una situación

diferente: defensivamente no es reconocido como alguien propio de la familia, deja de ser pensado como alguien que les pertenece y es sentido como que deja de formar parte del mismo conjunto. Se les enfrenta, se les opone y es vivido como que se pone en evidencia algo que debería permanecer oculto. Por lo general, el sentimiento de la familia subyacente a la preocupación y a la sobreprotección adquiere un matiz persecutorio y se relaciona tanto con el temor a ser dañados como a que un daño fantaseado se ponga en evidencia. En la psicosis algo ya constituido se muestra lesionado. En ambas situaciones son los padres o algún familiar quienes se hacen cargo de fijar las cláusulas de la relación terapéutica y tanto al niño como al paciente psicótico no le queda más que aceptar. Se opondrán o lo aceptarán a su manera. Les queda la posibilidad de reelegir al analista y a éste de buscar ser reelegido.

El tradicional punto de vista basado en el criterio médico hace que el adulto por lo general vaya al médico solo, la madre y/o el padre lleven al niño al pediatra y si el paciente tiene un padecimiento agudo, otro se encarga de hacer los arreglos médicos prácticos pertinentes. En estas descripciones el cuerpo del paciente marca su individualidad y los acompañantes no tienen el cuerpo comprometido y en el trastorno mental no consideran a su propia mente puesta en juego.

En el tratamiento psicoanalítico de la familia o de la pareja se produce una ruptura de este punto de vista al considerar como paciente al conjunto vincular. Esta es la respuesta para la pregunta acerca de cuáles integrantes son pacientes, si aquellos con síntomas o aquellos con distorsiones en el contacto con la realidad aunque sin síntomas. Para cierta psicopatología basada en la psiquiatría clásica, el síntoma sigue describiendo las manifestaciones egodistónicas de un sujeto. Una psicopatología psicoanalítica cambia el énfasis de lo considerado como síntoma, a través de nociones como conflicto psíquico, representaciones inconscientes, ansiedades, defensas, puntos de fijación, etc. Un cambio de énfasis más acentuado aún es la consideración de una psicopatología vincular a través de conceptos tales como conflicto vincular, pactos y acuerdos inconscientes, perturbaciones en la superficie vincular, o grados de la Estructura Familiar Inconsciente [Berenstein, I. (1978, 1989)]. Acerca del hecho de tener tratamientos varios, individual y/o familiar o de pareja, para

nuestro criterio se excluye que el mismo terapeuta se haga cargo de ambos tratamientos. Participar de ambos ubica al terapeuta frente a una misión imposible, separar en su mente dos contextos: uno donde es vigente la representación de los objetos internos y la correspondiente fantasía inconsciente de los personajes con los cuales aquéllos se constituyeron y donde el mismo terapeuta pasa a ser uno de ellos. En el otro contexto debe tratar con vínculos entre yo y otros (no sólo objetos internos) ahora en una trama interfantasmática cumpliendo con la representación de ciertos personajes familiares, y constituyéndose la subjetividad precisamente a partir del otro cuya presencia marca fuertemente la relación.

Para volver a decirlo brevemente, la meta del tratamiento individual pasa por una dimensión de interioridad donde los otros figuran como representaciones del yo y a éste pertenecen. En el mundo vincular debería conceptualizarse el espacio inter, “entre” los yo, en el cual cada uno de ellos queda configurado en el vínculo con el otro. Entonces, dos serían los terapeutas para los dos tipos de tratamientos, lo cual hace surgir otra cuestión, si han de comunicarse entre sí. Esta propuesta surge de pensarlos como dos tratamientos interdependientes pasando por alto las diferencias técnicas y principalmente metapsicológicas. Sería del orden de una ilusión pensar que están hablando del mismo paciente o de los mismos personajes, cuando un terapeuta individual habla de su paciente y de los familiares de éste a quienes no conoce, con un terapeuta familiar que lo tiene a aquél como un integrante más junto a otros. Es aquí donde surge más claro ese error por el cual el primero otorga realidad a esa formación conjetural que llamamos objeto interno.

Por el lado de los analistas, muchos de los argumentos para no considerar válido el psicoanálisis de familias tienen un doble carácter: el desconocimiento y la resistencia que se mantiene activa pero más sofisticada, equivalente a la que surgía respecto del psicoanálisis individual en sus comienzos a principios de siglo.

En nuestra experiencia como psicoanalistas de pacientes individuales que se tratan a su vez en familia o pareja con otro terapeuta, así como siendo psicoanalista familiar de un conjunto de los cuales algunos se analizan individualmente con otro analista, podemos decir que casi no hemos tenido necesidad de “hablar con el otro terapeuta y no recuerdo haber padecido ni haber hecho

padecer al otro terapeuta interferencias, exclusiones, situaciones emocionales derivadas de los mecanismos disociativos y proyectivos propios y desplegados desde el compromiso contratransferencial con el paciente de que se trate. No obstante, para que esto se minimice conviene que ambos terapeutas compartan algunas teorías básicas del psicoanálisis: la de lo inconsciente, la del complejo de Edipo, la de las identificaciones, la de la transferencia-contratransferencia, así como que la interpretación es el instrumento terapéutico. Si los esquemas referenciales no fueran compartidos el conflicto surgiría, no entre los terapeutas, sino en el paciente o en la familia donde se jugaría el componente disociativo y proyectivo de aquéllos.

En el psicoanálisis individual los estados emocionales circulan en la intimidad del paciente y de su relación con el analista, “se ejecuta a la vista de pocos”. Intimo equivale a “más interior o interno” y “también a la amistad muy estrecha y al amigo muy querido y de confianza”². El tratamiento familiar se enmarca en la privacidad, cualidad de lo que “se ejecuta a la vista de pocos, familiar y domésticamente, sin formalidad ni ceremonia alguna”. En el psicoanálisis de familia los contenidos emocionales tienen tanto el lugar de intimidad vedada al ojo del otro como el de la privacidad en el campo vincular, estando no obstante expuestos a la mirada, escucha y escrutinio de los otros de la familia o del otro de la pareja además del terapeuta aunque a éste le sea concedido ese lugar y acceso peculiar. Las personas que estarán en la sesión, viven juntas antes y después de la misma y constituyen un espacio diferenciado de lo íntimo tanto como de lo público.

En el encuadre vincular se dan dos situaciones: en el mejor de los casos una separación instrumental entre el adentro y el afuera de las sesiones, un primer índice de lo cual es expresado como un acuerdo mediante el cual la tarea “hablar de lo conflictivo” va encontrando su lugar en el tratamiento. Aprenden por la experiencia que las discusiones eternas son repeticiones, sostenidas inconscientemente, y las sesiones pasan a ser un lugar específico para analizarlas. En el peor de los casos se teme que una vez puesto en palabras el sufrimiento vincular surjan las agresiones verbales, reproches e incursiones invasoras que ya no puedan

² El encomillado de este párrafo corresponde a citas del Diccionario de la *Academia Real Española* (1956).

terminarse con el final de sesión y puedan ser reprochados fuera de ella, en la casa o en otros ámbitos. Ello implica una clara alteración del encuadre, ocasionalmente asociado a un mal uso de las sesiones que replica el mal uso del vínculo, a veces inevitable al comienzo y que se reduce con el afianzamiento de la transferencia. Se lo puede pensar como una actividad derivada de la puesta en acción (antes que en pensamiento) del maltrato en lo familiar, que es justamente aquello que venían a curar. El encuadre del tratamiento familiar funciona delimitando un área de análisis con la expectativa de que hablar, escuchar y ser interpretado el vínculo en su sentido inconsciente otorgue la posibilidad de modificar la estructura interfantasmática y por lo tanto las posiciones en la familia, y de allí el sufrimiento derivado de la modalidad vincular.

5. VIÑETA CLINICA:

La que voy a comentar es de una familia formada por la madre y tres hijos. Fueron derivados por el terapeuta de uno de ellos porque el segundo hijo había tenido un episodio de despersonalización y delirio. Había sido internado y luego recluido en su casa, donde tenía una relación crónica atormentada y atormentadora con la madre en especial. Estaba medicado porque tenía accesos de furia para con ella. En la entrevista inicial, la madre, además de contar el motivo de la consulta, un tanto intempestivamente me preguntó si además de la terapia de ellos como familia haría también la terapia vincular sólo de ella con el hijo, tal como les había sugerido un terapeuta anterior al que habían dejado. Recuerdo dos impresiones: una, de sorpresa por lo que me pareció un corte en el relato de sus relaciones familiares y lo tomé como la expresión de un deseo de tener un ligamen exclusivo con el hijo y que como analista fuera garante de este deseo. A esto reaccioné no diciendo nada aún. La otra sensación muy entrelazada con la anterior, fue de cierto malestar, con la ocurrencia de cumplir un papel que no sabía cuál era, dijera lo que dijese. Cuando después de dos entrevistas me hice cargo del tratamiento de la familia les dije que no haría la terapia vincular simultáneamente. Pero las determinaciones familiares inconscientes son más fuertes, inagotables y mucho más sutiles, o quizás ocurre que uno ha de dejar siempre brechas por las cuales se filtra la determinación de la

trama inconsciente.

Cuando comenzaron eran cuatro personas, la madre y los tres hijos. Acostumbro a decir que el número mínimo para comenzar la sesión es tres y si es posible con la condición de ser un conjunto al menos bigeneracional. Pero entonces en casos como los de esta familia la madre debería estar siempre, de manera tal que el encuadre coincidiría en subrayarla como Objeto Único [Puget, J. y Berenstein, I. (1989)], pues la misma sesión dependería de ella. Mejor dicho del terapeuta y de ella porque cualquiera de los dos que no pudiera asistir, la sesión no tendría lugar. La determinación inconsciente familiar llevaba a transformar el mismo encuadre como para confirmar esta modalidad del espacio familiar a predominio materno, a donde advendría como terapeuta. Quizás todo dependa de ella y a la larga yo también. Después de la primera sesión el hermano menor anunció que no seguiría viniendo.

En las sesiones se sentaban el muchacho “enfermo”, la madre, la hija, y yo. Si pensamos en un círculo, en el extremo de un diámetro se ubicaba la madre y en el otro extremo yo, y en el perpendicular, la hermana en un extremo y en el otro el hermano. El joven decía que él se había enfermado psíquicamente hacía dos años, había estado internado, y que ahora estaba bien aunque un poco desganado. La madre y la hermana a su vez lo trataban como a un enfermo psiquiátrico tranquilo, pero aparentando que lo hacían normalmente. El joven se mostraba como alguien aislado, silencioso e impotente discutiendo de la madre que siempre decía que tenía la razón aunque sugiriese lo contrario. Por lo tanto debía yo mismo alojar dentro mío y resolver esta misma impresión impuesta por las palabras, la escucha y la mira que hacía de la familia y pronta a instalarse en mi mente orientándola en la dirección impuesta por la familia, con lo cual mi atención flotante dejaba de ser flotante. Mi mirada se iba acentuando en dirección al muchacho para sumarme a la conmiseración que marca y remarca un punto en ese círculo imaginario de la sesión. A mi vez pensaba que era una resistencia de la familia y lo mío una contraresistencia, término técnico para hablar de un tipo peculiar de obstáculo, del que deseaba librarme para poder mirar y escuchar e interpretar “en círculo”, un círculo que me comprendía a mi vez.

Podría describir esto a manera de interpretación. ¿Por qué a un terapeuta le parece o no que pueda decir algo para interpretar?

Bueno, hasta aquí me parecía que no reunía las condiciones deseadas por mí. La interpretación aquí debía competir con la certeza de las explicaciones causales lineales, universales y omniexplicativas. “—Por algo será—”, decía el hijo a la madre, “—si yo me siento con furia, por algo será, algo habrás hecho para que me sienta así—”. “—Pero qué—”, deseaba saber la madre, con clima de que el hijo no sabe lo que dice. “—No te lo voy a decir—”, decía el hijo, “—porque vos lo sabés—”. Esta formulación es suficientemente lineal, universal, puesto que seguramente algo habrá hecho la madre de las muchas cosas que puede hacer para despertar este afecto en el hijo. Una interpretación debería especificar la relación causal seguramente no unidireccional sino circular, marcada por la reciprocidad por donde circula el sentido del hecho por el cual el hijo increpa a la madre por algo que ella dice no darse cuenta y que resulta pasible de ser increpada por el hijo y que éste no dirá porque supone que aquella ha de saberlo sin palabras. La hermana resulta una testigo necesaria para avalar el funcionamiento. Aquí, en la sesión, la madre acepta y desmiente al mismo tiempo en tanto la hija mira y yo miro al resto y a mí mismo. La madre generalmente acepta lo que se le dice y responde: “—Ustedes tienen razón pero...—”, y comienza a desmentirlo. No es fácil encontrar palabras para describir y explicar con veracidad y convencimiento el sentido inconsciente de una trama desiderativa.

Observo (diría que mi mirada choca con un desnivel en la superficie de la sesión) que cuando la madre le habla toca al hijo en el brazo, en la pierna, y a veces apoya su mano en el muslo. No parece suficiente el alcance de sus palabras. Claro está, que esta necesidad de acercamiento materno puede estar motivada por la impresión de lejanía interna que el joven evoca en el otro, los ojos un poco perdidos en el espacio, como en una dimensión extraterrestre, como si estuviese más lejos aún. No obstante también está atento a lo que se dice, quizá un poco lento. Claro que la lentitud se refiere a la velocidad de respuesta. Si se mide a la velocidad de la palabra está a una cierta distancia, pero si ésta se midiera a la velocidad de la luz está a otra mucho más lejana. Pero la madre insiste en tocarlo y reconozco que me despierta perturbación, preferiría que le hablara y no lo tocara. Algo de la molestia, el pudor y la vergüenza me devuelve una sensación de presenciar un contacto erótico: la suavidad con que lo toca o la voz

aterciopelada cuando le habla y lo toca. La hermana mira, no parece sentir celos. El único que parece sentir una molestia soy yo. Antes de interpretar prefiero esperar hasta despejar ese sobretono de molestia que intuyo viene desde un punto contra-transferencial ligado a alguna escena infantil. Me digo a su vez que es un riesgo interpretar si no pasa por la palabra porque puede llegar como una orden o como una censura.

El joven distante se queja de la vida y de la madre porque la hermana y el hermano recibieron más porque pudieron casarse y él no lo pudo realizar, por lo tanto no tiene familia propia y debe “cargar” con la madre, de quien dice en la sesión que no desea que él se vaya de la casa. La madre lo mira suave y dulcemente, me mira con cierta complicidad y le dice: “Pero no A., si yo quiero que te vayas de casa”. Mientras dice esto lo toca en el hombro. El hijo entró en un cono de sombra o de silencio, que es lo mismo. Al cabo de un instante la madre dice quejándose que el hijo no la ayuda y ella tiene que hacerse cargo de la casa y como tiene miedo a los ladrones debe cerrar la casa temprano, antes de que oscurezca y recoger las cosas del jardín. Una vez cerrada la casa no salen más ni ella ni el hijo hasta el día siguiente. Me pongo a imaginar cómo puede el hijo abandonar a esta madre para hacer su propia familia soportando el sentimiento de que los “ladrones” pueden atacarla, madre que le dice que se vaya y no le dice ni se dice que siente quedarse desamparada. La hija hace comentarios comprensivos, le dice al hermano que la madre es así y le dice a la madre que siempre tuvo miedos, le recuerda su fobia a los aviones por la cual cuando se fue a Israel a visitar a la abuela lo hizo en barco, y por lo tanto tardó tanto que cuando se enfermó el padre no pudo volver a tiempo porque debió esperar el barco. Luego vuelven a hablar de la relación de los hijos con la madre y ésta dice que el hijo (refiriéndose al que está ausente) pasa largo tiempo sin hablarle. Ocurre que tiene con su mujer una relación por donde no pasa ni una “gillette”. He ahí una linda descripción. Ella por fuera de una estrecha-pegada relación de pareja matrimonial, sexual, pensada como una unión inseparable. Les dije que estaban describiendo la relación entre la madre y el hijo como de una pareja por donde no pasa siquiera una gillette, y la hija parecía aceptar ese deseo tanto para no verse incluida en la relación con la madre, como a la vez lograr que cada uno tuviera lo suyo: la madre quien la protegiera de los miedos representados por los ladrones, y el joven para tener

la posibilidad de ser cuidado y controlado.

La interpretación ofrece un modelo para pensar lo inconsciente, aquí intersubjetivo, para hacerlo representable, pensable y expresable, por lo tanto reúne un conjunto de impresiones que resultan de la observación, deducción y conocimiento reunidos por el analista en un acto comunicativo que explica de la manera más simple la cualidad de este conjunto en la sesión familiar. Lo sentido, lo visto, lo oído, lo observado ofrece una evidencia y la interpretación habla de ella.

Volviendo a la familia, ¿cómo respondió a la interpretación? La madre me miró con cordial desconfianza para decirme suavemente que no, eso en realidad lo había dicho del otro hijo y la esposa. Ello por si yo no había entendido (para ella y no sé si para el resto yo no había entendido) o quizá transmitiendo dudas que me hicieran dudar de mis propias percepciones acerca de si había escuchado bien. El joven por su lado hizo silencio pero percibí, de esa manera imponderable como se perciben los silencios, que estaba en un área cercana de conexión conmigo. La hija trató de explicar a la madre el sentido metafórico de mi señalamiento, lo cual a su vez la ubicaba como mi ayudante-hija-mujer-intérprete. El hijo comenzó a explicar por qué no pudo hacer su propia familia, que para él era equivalente a salir de la casa, salir de la madre o salir de la madre-casa. Pero se enojaba con ella porque no lo ayudaba y como del enojo pasaba a furia y podía matarla pedía al psiquiatra que lo medicara. Entonces el enojo era lavado por la clorpromazina y por el medicamento antiparkinsoniano que contrarrestaba a su vez el efecto del remedio antifuria. El hijo decía que la madre era insidiosa, vueltera y comenzó también a decir con insistencia que era astuta y lo repetía tanto que comenzó a sonar con otro término peyorativo de la genitalidad de la madre. La hermana le dice: “—Por qué no te alejás por tu cuenta desentendiéndote de mamá—”. El joven insiste que la madre no le deja y que a la hija la ayudó mucho más. La madre le dice: “—Pero no, acordate que también te di, para que te sostengas, un departamento a vos antes del casamiento de N—”. El hijo dijo: “—Es que vos eras endeble y por eso no me pudiste sostener—”. La madre agregó: “—Es que yo fui educada así, vos sabés como era con abuelito, que no fui enseñada—”. El hijo insiste “—Pero yo tuve que ocupar un lugar que no es el mío y vos no debiste haberlo permitido—”. Intervine para interpretar que podía haber una

esperanza de permitir que cada uno ocupe su lugar pero podíamos encontrar dificultades por el deseo expresado por ellos distintamente de estar junto a un papá o a una mamá. No dije cuál papá o mamá porque me refería tanto a esta mamá de la sesión, a la mamá o al papá de la mamá (lo que se llamaría la abuelita y abuelito) y al concepto de “mamá” como nombre de un lugar que poco a poco se separa de la persona que llevan la misma denominación y que es sobre aquello que opera la identificación.

La madre insiste hablando y tocando al hijo: “–Bueno pero vos sabés cómo fueron las cosas con papá, y yo tenía que estar con la abuelita y cuando papá se descompuso no pude volver enseguida y nunca me perdonaste eso–”. Esto fue dicho en forma suave e insistente como para que los hijos reconozcan en ella una buena madre y una buena esposa que se desvivió por sus hijos y su marido. La hija en evidente desacuerdo interviene para decirle a la madre que tardó diez meses en volver y que la madre es un poco insistente. La madre reconoce, siempre reconoce, como ahora que dice que la hija tiene razón y a continuación asocia que aprendió a no decirle más que no debía comer porque cuando se pone gorda se afea. La hija como respuesta corporal se echa un poco hacia atrás impactada por la agresión de la madre. Voy a interrumpir aquí el relato de este material.

6. LA INTERPRETACION EN PSICOANALISIS DE FAMILIA:

¿Cómo opera el analista en una sesión familiar que enmarca el conflicto vincular? ¿Cómo produce el alivio del sufrimiento padecido por pertenecer a una estructura vincular, a la cual por otra parte, no se puede no pertenecer?

Cuando las personas desean comunicarse, y en la sesión familiar ello tiene la peculiaridad de hacerlo entre sí, en conjunto y simultáneamente con el terapeuta, cada cual comienza teniendo una representación donde se incluyen un estado emocional envolvente proveniente de su ubicación y pertenencia al vínculo, allí donde se relaciona con otros reales externos formando parte del parentesco. El estado emocional generador del clima de la sesión se opone a la noticia de ser circunscripto por el límite de la piel, de ahí su carácter envolvente y que abarca a varios e incluso a todas las personas de la familia. La presencia de los otros así como de ese otro singular ajeno, el terapeuta, produce alguna

peculiaridad en cuanto al significado asociado a las ideas verbalizadas o a los silencios. Como un significado puede ser acogido por más de una palabra y una palabra puede acoger más de un significado las personas tendrán que elegirlos, lo cual implica hacer una selección y una elección. Aunque esto siempre es así en el acto del habla, las palabras aquí están enmarcadas por el contexto conformado por los otros de la familia y ese interlocutor particular, que en el marco de la sesión psicoanalítica es el analista. Así es que en algunas familias hay pactos de silencio acerca de ciertas palabras o textos sobre los que pesa la prohibición de ser dichos. La formulación de los enunciados en voz alta en una sesión vincular produce un triple impacto simultáneo pudiendo luego ser integrado o disociado: el del significado transmitido, el de las variaciones tonales de la voz con las que se sostienen las palabras y especialmente el de la visión del rostro. Si todos estos estímulos son armónicos serán escuchados en forma tal que el uno sirve de apoyo a los otros dos. Si son escindidos funcionan como estímulos separados, capaces de escindir la mente del que los recibe: una parte de la mente recibe el significado para ser pensado y otra recibe lo tonal a la manera de acto motor transmitido por la voz, como suele ocurrir con los gritos o insultos o la voz susurrante o destemplada, para las cuales el oído y la mente no tiene esfínter protector, como son los párpados para los excesos de luz. A su vez otro sector de la mente puede recibir el impacto visual. El terapeuta puede oírse decir algo para calmar el desaliento materno, o la ira paterna o el desconsuelo del hijo o cumplir alguna orden sin saber que lo hace, etc., elementos todos que dejan como remanente un malestar en el analista por la percepción de su mente escindida. Cuando se dice algo en voz alta ocurre que es escuchado no sólo por él o los otros sino también por uno mismo. Cuando al hablar o en el silencio de la sesión el rostro de uno es mirado por los otros, deja la impresión de una ventana abierta al interior de la mente y algo de la vivencia de opacidad se resquebraja en función de una imaginaria transparencia del propio rostro.

Entonces se produce en la sesión la obligación de especificar que lo dicho por cada uno es propio y no le corresponde a los otros, y a decir que no a lo que los otros dicen de uno. Ello aparece como una negación o como una desmentida de la pertenencia a un discurso proveniente de la estructura vincular. El analista desde

su escucha y su mirada evoca una representación de conjunto asociada a su emocionalidad y deberá hacer un recorrido opuesto: atribuir un significado a las palabras oídas, a los rostros vistos, para lo cual a su vez seleccionará y optará para decidir, las más de las veces inconscientemente, el significado que cada uno dio a lo dicho y lo que se quiso decir, considerando a cada uno como un locutor que hablando por sí y de sí y de los otros, habla de y por la Estructura Familiar Inconsciente. La interpretación de los hechos vinculares del paciente-familia, como siempre, resultará desplazada respecto de lo que se deseó o se pudo decir. Cuando no se tolera la no concordancia con lo dicho suele acarrear un rechazo a la interpretación que es cuando la toman como si el terapeuta hubiera emitido un dicho paralelo al de la familia. A veces, resistencialmente, se consultan para buscar un acuerdo acerca de lo que piensan de la interpretación a la manera de una búsqueda de consenso.

La interpretación psicoanalítica también transmite la idea de un sistema de significados inconscientes acompañando lo dicho por la familia, lo cual junto con la asimetría en el decir (asociación compartida en este paciente-interpretación del analista) define este peculiar diálogo como totalmente diferente a cualquier otro que las personas de la familia puedan tener. No debiera confundirnos una resistencia familiar del comienzo del tratamiento y cuya manifestación es la de un pronto alivio por hablar “mejor” o “más” entre ellos en la casa, por lo tanto sin el terapeuta. Aunque parece mejorar el clima de disociación está condenado al fracaso por las escisiones que pronto se reestablecen. La interpretación por lo general retoma alguna expresión dicha por alguno de la familia y que puede funcionar como un modelo que describe el funcionamiento vincular inconsciente. Esa palabra-frase-imagen es el nudo de una expresión interfantasmática, o sea una fantasía que a manera de una escena ubica a cada uno en un personaje, ocupando un lugar y produciendo un hecho en la sesión. Sea lo que fuere, los hechos vinculares ocurren en la sesión y no fuera de ella. La interpretación se acerca más al hecho familiar cuando es expresada en lenguaje coloquial, con las palabras o el modelo que sin saberlo aporta este peculiar paciente. De esta manera transmite la idea de algo que les corresponde y les pertenece, a la vez que el analista introduce algo propio de él a manera de un hecho ligante. Cuando ocurre así se agrega una cualidad de bondad y

belleza porque además de la interpretación, el analista ofrece una evidencia de dónde apoya lo que dice y lo hace creíble aunque la confirmación no se obtenga con el “sí” o “no” como respuesta.

Un primer nivel de interpretación es el de explicar hechos que parecen carentes de significación, por lo que surge generalmente como repetitivo en la relación entre varios de los sujetos. Se ofrece así la posibilidad de hallar un reordenamiento causal de lo originado en y por el vínculo. Si, como vimos en la viñeta clínica, una madre dice que le produce sufrimiento la relación del hijo con su mujer donde “no entra una gillette”, ella sin saberlo está describiendo un tipo de vínculo. La interpretación va dirigida al hecho, en la sesión, donde ella y el hijo participan de este tipo de vínculo, lo cual permite reintroyectar como éste produce sufrimiento en ellos y en los otros, y de allí puede reconstruirse la concepción de que los otros no son sólo emisiones del yo sino también sujetos deseantes y sufrientes. Pero también los otros de la familia al escuchar la misma interpretación, cada uno desde otra posición reintroyectan parte de lo depositado en el vínculo madre-hijo. A la vez se reincorpora el significado de una alteración posicional: quien está al otro lado de ese vínculo sin brecha no es una pareja matrimonial (expresado en el material como el hijo con su esposa) sino un otro ubicado, para este ejemplo, en el lugar de pareja-marido de la madre. Un sufrimiento deriva de ocupar un lugar no pertinente y por lo tanto verse obligado a realizar las funciones correspondientes a ese lugar sin estar ni prescripto ni permitido. La interpretación reordena las posiciones de cada uno y formula cómo, desde ellas, hacen a los otros aquello que dicen que los otros le hacen a él (forma de describir la identificación proyectiva). De este movimiento surge una mayor posibilidad de observación de sí mismo y de los otros en el vínculo. Escuchar una interpretación en una sesión familiar produce una ampliación simbólica, porque un contenido emocional circula de un lugar a otro con posibilidad de recuperar su lugar de origen en la estructura de parentesco. De ahí deriva una reformulación interfantasmática. Es imposible no escuchar a los otros cuando están presentes.

La interpretación en el paciente familia opera en el espacio intersubjetivo, por dentro y por fuera del yo, en las representaciones del vínculo con el otro. Por lo tanto se establece un puente de palabras de uno a los otros, constituyéndose una opacidad que

debiera separar lo pertinente de cada lugar así como los aspectos infantiles de los adultos. Una complejidad adicional se da en relación a lo dicho en el punto 2 acerca de la experiencia vincular y emocional de constituir el mundo interno del sujeto recién nacido, el hijo. Y ahora el tratamiento familiar los reúne como sujetos vinculados. Hablar de interpretación trae de la mano el tema de la construcción, mejor dicho reconstrucción porque lo es desde el aquí-ahora de la sesión, hacia el supuesto allí y entonces, con la significación que agrega el “a posteriori” a los acontecimientos pasados y evocados. Deseamos transmitir la idea de que la reconstrucción dice acerca de algo ocurrido en un tiempo originario de los vínculos, de los lugares, de la estructura, origen que persiste como marca más que como suceso que se reedita hasta la actualidad generando efectos. Algunos elementos han desaparecido de la memoria, por lo tanto sólo volverán a tener un lugar por efecto de lo que dice el terapeuta.

El objeto de la reconstrucción son las experiencias iniciales, así como los acuerdos y pactos originarios, cuya versión actual incluye las distintas cláusulas supuestamente no seguidas ni aparentemente cumplidas, las querellas, los reproches y las reprimaciones, así como las profecías autocumplidas que ahora provocan los conflictos y sus distintas resoluciones. Algo así como las enmiendas de las enmiendas del contrato original que se perdió y es importante reconstruir para conocer el punto de partida. La reconstrucción otorga profundidad histórica al intercambio actual y permite a los sujetos de una familia reconocer en lo nuevo, lo propio y a la vez repetido, saber que la significación tiene opciones capaces de modificar la trama vincular, de allí reacomodar la emocionalidad a las posibilidades de cada yo en relación a sus lugares de parentesco. En el tratamiento puede reconstruirse cómo la familia se eligió, qué arreglos debieron aceptar mutuamente ante circunstancias que los mostraban diferentes y cómo recurrieron vicariantemente al mundo intrasubjetivo para compensar las dificultades surgidas en el mundo intersubjetivo, allí donde se encuentran el deseo de uno con el de los otros.

RESUMEN

Este trabajo presenta el Psicoanálisis de Familia y de Pareja como un instrumento del psicoanálisis. Se trazan las distinciones entre la clínica individual y la clínica de familia y pareja y la delimitación del

contexto intrapsíquico e intersubjetivo. La familia es un conjunto de personas vinculadas por el sistema de parentesco y el de la lengua. Se describen las dos experiencias emocionales y vinculares: la de dos sujetos con el aparato psíquico constituido que se disponen a formar parte del conjunto llamado pareja y la otra experiencia es la de un sujeto con el aparato psíquico constituido en relación a otro que ha de constituirlo en contacto con aquél: la madre y el padre en relación al bebé. El vínculo entre los yoes es inconsciente y se considera como precedente respecto a los yoes. Hay un párrafo referido al lugar donde ocurren los hechos clínicos mostrando con un ejemplo que ocurren simultáneamente en la mente y en el vínculo familiar. El autor, apoyado en una viñeta clínica, se extiende sobre el encuadre así como sobre la interpretación, tratando de mostrar cómo operan, tanto en la sesión individual como en la sesión psicoanalítica de familia.

SUMMARY

In this paper, Family and Couple Psychoanalysis is brought forward as a psychoanalytic instrument. Differences between the individual treatment and the family and couple treatment are drawn, as also the delimitation of the intrapsychic context and the intersubjective one. The family is the result of people linked by the kinship and language systems. The two different types of emotional and relational experiences are described: the experience of two people with an established psychic apparatus who decide to take part in the group called couple, and the other experience, where the person with the established psychic apparatus relates to someone who will establish it in contact with him or her: the mother and the father in relation with the baby. The relationship between the egos is unconscious and it is considered foregoing in respect to the egos. There is a paragraph that refers to the place where the clinical events happen, showing, by means of a clinical illustration that they occur simultaneously both in the mind and in the family relationship. Based on a clinical vignette, the author elaborates on the setting as well as on the interpretation,

attempting to show how they operate both in the individual sessions and in the family psychoanalytic sessions.

RESUME

Ce travail présente la Psychanalyse de Famille et de Couple comme un instrument de la psychanalyse. On y décrit les distinctions entre la clinique individuelle et la clinique familiale et de couple, de même que les limites du contexte intrapsychique et intersubjectif.

La famille est un ensemble de personnes liées par le système de parenté et de la langue. On y décrit les deux expériences émotionnelles et relationnelles: celle de deux sujets avec un appareil psychique déjà constitué qui sont au point de constituer l'ensemble nommé couple, et celle d'un sujet qui a un appareil psychique constitué par rapport à un autre qui le constitue en contact avec celui-là: la mère et le père par rapport au bébé.

Le lien entre les moi est inconscient, et on considère qu'il précède les moi. On y trouve un paragraphe qui fait référence à l'endroit où se produisent les faits cliniques, tout en montrant à l'aide d'un exemple qu'ils se produisent en même temps dans l'esprit et dans le lien familial. Aidé d'une vignette clinique, l'auteur s'étend sur le cadre ainsi que sur l'interprétation, dans le but de montrer comment opèrent-ils autant dans la séance psychanalytique individuelle que dans la familiale.

BIBLIOGRAFIA

- Diccionario de la Lengua Española (1956) *Academia Real Española*. Espasa-Calpe, S. A. Madrid.
- BATESON, G. (1979) *Espíritu y Naturaleza*. Buenos Aires. Amorrortu editores
- BERENSTEIN, I. (1976) *Familia y enfermedad mental*. Buenos Aires. Editorial Paidós.
- (1981) *Psicoanálisis de la estructura familiar*. Barcelona. Editorial Paidós.
- (1994) *Realidad psíquica y técnica clínica*. Rev. de Psicoanálisis, LI, 1-2, 19-26.
- FERRATER MORA, J. (1965) *Diccionario de Filosofía*. Buenos Aires. Sudamericana S.A. 5° Edición.

PSICOANÁLISIS DE FAMILIA Y PAREJA

- FREUD, S. (1914) *Introducción al Narcisismo*. O.C. XIV. Buenos Aires: Amorrortu editores (1976).
- PUGET, J. Y BERENSTEIN, I. (1989) *Psicoanálisis de la pareja matrimonial*. Buenos Aires. Editorial Paidós.

Descriptores: Familia. Pareja. Vínculo. Psicoanálisis.

Isidoro Berenstein
Rep. de la India 2921 - 9° "A"
1425 Buenos Aires
Argentina